

Jascalevich, A.A.

Una introducción a la historia de la psicología

Humanidades [La Plata, 1921]

1921, vol. 1, p. 215-246

Cita sugerida:

*Jascalevich, A. (1921). Una introducción a la historia de la psicología. Humanidades [La Plata, 1921], 1, 215-246. En Memoria Académica. Disponible en:
http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.1434/pr.1434.pdf*

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar> <http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.
Atribución-Compartir igual 2.5

UNA INTRODUCCION A LA HISTORIA DE LA PSICOLOGIA

SUMARIO

Consideraciones generales. — I: Contraste entre el pasado y el presente de la psicología. — II: La “Psicología de las facultades mentales”. — III: La psicología de Aristóteles.

En el presente trabajo me propongo, en primer lugar, poner de relieve algunos errores en que han incurrido los pocos tratados que se han escrito hasta la fecha sobre la historia de la psicología; y en segundo término, señalar algunos de los caracteres generales que debiera revestir una historia de la psicología. Abrigo la esperanza de poder algún día poner yo mismo manos a un trabajo que estuviere libre de dichos errores y presentase los caracteres demarcados en estas páginas. En realidad las conclusiones que aquí expuestas constituyen en cierto sentido el esfuerzo inicial de una obra de ese género, y pueden ser consideradas como elementos de una introducción, más o menos definitiva, a la historia de la psicología. Pero dejando de lado el posible desarrollo que espero poder dar más tarde al presente ensayo, creo deber sólo decir de antemano, que he encarado los problemas y hechos en él planteados desde un punto de vista más bien crítico que descriptivo, y con un criterio de metodología más bien que de exposición. En otras palabras, más que cualquier otra cosa me han preocupado los errores cometidos hasta ahora por los que me precedieron en esta clase de estudios.

Y el error con que más hemos de habérmolas es el de presentar e interpretar los hechos de la historia de la psicología de acuerdo con un orden cronológico de desarrollo, cuyas pri-

meras etapas de evolución son manifestaciones de etapas anteriores. Hemos de ver que este método de interpretación y exposición tiene la desventaja de dar un falso génesis a numerosos problemas de la psicología contemporánea, y de destruir el valor pragmático de muchas de las obras de la psicología antigua. Procuraremos primero demostrar, tomando los mejores ejemplos de esfuerzos hechos por los psicólogos de otras épocas, que el proceso histórico de la psicología no cabe dentro de un orden cronológico de progresiva evolución, donde el actual estado de la psicología es una resultante de estados anteriores de progreso; o donde las excelencias de la obra de un psicólogo antiguo guarda una fuerte relación con la escala cronológica en que puede colocarla el historiador.

Una de las causas de error que nos ocupa, ha sido la de una falta de minucioso estudio y de precisa definición de muchos términos que, aunque idénticos entre sí, fueron empleados por psicólogos antiguos y modernos para designar hechos fundamentalmente distintos. Un ejemplo de este estado de cosas será fácil de hallar en cualquiera de los aspectos de la terminología contemporánea al ser comparados con los de la terminología de otras épocas de la historia de la psicología. Pero a fin de aprovechar nuestro análisis para establecer conclusiones de inmediato provecho, recurriremos en gran parte al ejemplo que nos ofrece el concepto de lo psíquico y estudiaremos las muchas acepciones que ha tenido este concepto en las distintas épocas de la investigación psicológica. Y en este ejemplo tendremos también delineados los caracteres de un problema histórico resuelto por medio de una interpretación y una exposición que tienen grandes ventajas sobre las que se hacen en los tratados que hemos de mencionar. En vez de supeditar los problemas históricos a un principio abstracto acerca del curso de la historia y darles el valor arbitrario que resultan tener a causa de encajar dentro de un armazón abstracto predeterminado, los estudiaremos dentro de la contextura de la situación en que aparecen sus distintos factores y hemos de atribuirles el valor que les aseguran los elementos de la situación histórica de que forma parte.

Pero lo que más ha contribuído a traer el error que hemos anotado, ha sido esa serie de muy vagas y muy aceptadas nociones que circulan en tratados no solo sobre la historia de la

psicología, sino también sobre la psicología en general, acerca de lo que comunmente se conoce por la “psicología de las facultades”. Para beneficio de aquellos que no han observado el papel importante que desempeñan esas nociones en los actuales conocimientos de la historia de la psicología, convendrá detenernos brevemente, aquí mismo, y definir con más o menos precisión el significado y el radio histórico que se ha atribuido a “la psicología de las facultades mentales”.

En verdad, no hay texto de psicología en que no se mencione directa o indirectamente el asunto. En toda discusión relacionada aunque incidentalmente con el pasado de la psicología, “la psicología de las facultades mentales” tiene intervención decisiva. En los textos de la historia de la psicología, dedícanse capítulos enteros a este problema. Ahora bien, de la frecuencia con que “la psicología de las facultades mentales” es mencionada, se desprendería que existe un acuerdo previo acerca de lo que ella es o ha sido. Lógico sería imaginar que los muchos que tanto uso hacen de ella en las discusiones científicas e históricas, están más o menos de acuerdo con respecto a la naturaleza del fenómeno de que se trata. Sin embargo, curioso es decirlo, (y en ello estriba uno de los aportes de esta contribución mía al estudio de la historia de la psicología) no existe tal acuerdo entre los que han hecho de “la psicología de las facultades mentales” un tema de extensas dimensiones y el punto cardinal sobre el cual polarizaron sus nociones de la historia de la psicología.

Claro es que no sería difícil precisar algún sentido, aunque por demás convencional y equivocado, que recibe “la psicología de las facultades”. En realidad esto es lo que haremos aquí. Pero después de precisarlo, veremos que dicho sentido no se atiene en nada a los hechos que en él están implicados. En efecto, “la psicología de las facultades mentales” ofrece un término de reproche y de ridículo para indicar toda noción psicológica que en apariencia o en realidad es anticuada y puede identificarse con nociones de una antigüedad desacreditada o descartada. Su nombre ha servido para descartar el pasado de la psicología a título de que en el pasado el psicólogo explicaba los hechos mentales mediante una referencia a “facultades” determinadas, inmanentes en la mente y virtual o inherentemente capacitadas de hacerse cargo de dichos hechos. La

“psicología de las facultades mentales” viene a ser en el pasado de la psicología, lo que el antiflojismo ha sido en la física. En una de las obras de Molière, tenemos un ejemplo apropiado de la física para demostrar que ha sido en la psicología la interpretación de los fenómenos mentales a base de “facultades”. Así como uno de los protagonistas de esa obra nos explica que el opio produce sueño, porque el opio tiene una “virtud soporífera”, así en “la psicología de las facultades mentales” se explicaba los fenómenos mentales como los de la memoria, la percepción, la emoción y otros en términos de facultades mentales que tienen una virtud inmanente de producirlos.

No cabe la menor duda de que la “psicología de las facultades” constituye uno de los peores capítulos del progreso de la psicología. Tampoco cabe discutir el derecho que tiene el psicólogo contemporáneo para usar su nombre como término de ludibrio, para una buena parte de las soluciones nada satisfactorias que algunos de sus colegas quieren dar a muchos de los problemas que desde hace siglos han quedado irresueltos. Pero como hemos de ver aquí, ello no justifica la noción errónea que se sustenta acerca de la órbita histórica en que ha actuado “la psicología de las facultades”. Y urge destruirla, porque tanto entre psicólogos como entre los más eruditos historiadores de la psicología, algunos de los cuales han descrito la historia de “la psicología de las facultades”, se lleva ese error al extremo de identificar todo el pasado de la psicología con “la psicología de las facultades”.

A este aspecto de nuestro problema dedicaremos una atención preferente, en capítulo especial, convencido de que el error con que se relaciona se debe en gran parte a dos errores que se complementan entre sí y que ya hemos señalado más arriba: el de presuponer en la historia de la psicología una escala ascendente de progreso; y el error de interpretar los hechos de acuerdo con la terminología literal de que se han valido distintos psicólogos para conseguirlos. Efectivamente, parece ser que lo que ha servido de criterio para la identificación de una gran parte del pasado de la psicología con “la psicología de las facultades” ha sido precisamente el término “facultades mentales hallado en todos los escritores antiguos y en muchos modernos. Muy sintomático de esto es el actual cuidado que se toman los psicólogos de no emplear el término, el cual ha

llegado a tener entre ellos un elemento de profanación para la situación actual de la ciencia. Y queremos demostrar aquí que el susodicho criterio es peligroso e infundado a la vez, pues aparte de no ser el empleo del vocablo suficiente estigma de “psicología de las facultades” para la antigüedad, tampoco la mera falta de su empleo puede ser suficiente barrera contra “la psicología de las facultades” para los tiempos nuestros.

Resumiendo en pocas palabras lo hasta aquí expuesto, pretendemos hacer una contribución al estudio de la historia de la psicología, al señalar un método de exposición histórica distinto del que se vale del principio de una especie de identificación entre lo que es primitivo en la historia con lo que es primitivo en la ciencia; y al poner de relieve el hecho de que los conceptos sustentados comúnmente con respecto al papel que ha desempeñado “la psicología de las facultades mentales” en la historia de la ciencia del alma, son conceptos erróneos sin cuya corrección o eliminación jamás se podrá dar con la autenticidad de los hechos, que debe comprender una verdadera historia de la psicología.

Una palabra con respecto a la presentación de este trabajo. La primera parte se ocupará del contraste que existe entre los caracteres generales de la psicología contemporánea, amén de los elementos que le sirven de base, y los de la psicología de cualquiera otra época. En la segunda parte plantaremos el problema histórico que representa “la psicología de las facultades mentales” y trataremos de desvirtuar algunas nociones históricas que relacionan con ésta la psicología de Aristóteles. En nuestra tercera parte, trataremos los caracteres generales de la psicología del Stagerita. En la cuarta, estudiaremos la influencia de la psicología del escolasticismo y la de la época cartesiana y sus desarrollos en la teoría de las “facultades”. Y en nuestra sección quinta y última criticaremos la posición de prestigio adjudicada a Herbart por su supuesta destrucción de la psicología de las facultades; y también estudiaremos los caracteres generales de las ideas contemporáneas por las cuales la psicología no tiene ahora necesidad de recurrir al concepto de “facultades”.

I

CONTRASTE ENTRE EL PASADO Y EL PRESENTE DE LA PSICOLOGÍA

Nada puede caracterizar más a la psicología contemporánea, ni distinguirla mejor de la de otros tiempos, que la larga serie de sus tan provechosos y por veces tan indispensables servicios humanos que está prestando allí donde su cultivo ha llegado a ser de un alto grado de intensidad. El psicólogo, en efecto, ha llegado a ser en muchos países un profesional que aporta serias contribuciones a la técnica de la vida moderna. Nada ya puede impedirle de ejercer una profesión a la manera del médico o el abogado. Así lo hace, en verdad, en Inglaterra, Estados Unidos y Alemania; y con no pocos resultados prestigiosos. Jueces y abogados lo consultan a diario para determinar la veracidad de testimonios o resolver otros problemas legales mediante la aplicación de procedimientos empleados en el laboratorio de psicología. Médicos y psiquiatros lo llaman en su auxilio para la cura de una gran parte de las enfermedades mentales que no tienen motivación orgánica. El filósofo acude a él para obtener nociones acerca del conocimiento y la conducta, nociones indispensables para la lógica y la ética. Y al propio tiempo que se hace responsable de los más fuertes y más sabrosos ingredientes de la especulación filosófica, el psicólogo es llamado por el comercio y la industria, sea para la aplicación de sus métodos en la solución de problemas industriales o bien sea para contrarrestar la fatalidad de algunas leyes económicas, con reacciones mentales, por parte del público comprador, provocadas inteligentemente en el laboratorio. Y por último, a él acude el pedagogo; y aquí cabe preguntarse ¿para qué no ha de venir el pedagogo en busca del psicólogo?

Todo esto quiere decir que la psicología ha llegado a revestir caracteres de una ciencia a la manera en que los conocimientos de la electro-técnica comenzaron a revestirlos cuando se tradujeron en hechos destinados a satisfacer las necesidades humanas de luz, calor y fuerza motriz. Lo cual no significa, sin embargo, que la psicología ya puede cruzarse de brazos y constituirse en dispensario de una perfecta y completa rama del conocimiento. No; ni fué ésta la actitud de las demás ciencias cuando llegaron a la situación en que se encuentra actualmente

la psicología. Al ser absorbidas por las prácticas sociales de la civilización, las ciencias exactas y naturales derivaron de esas mismas prácticas los elementos de sus ulteriores y más maravillosos progresos. Las satisfacciones que traían crearon nuevas necesidades; las nuevas necesidades constituyeron nuevos estímulos de investigación y de descubrimiento; y los nuevos estímulos trajeron nuevos sentidos de responsabilidad que determinaron mayor precisión y exactitud en la actividad científica.

Y si se atiende a los últimos veinte años de la labor y el progreso de la psicología, se debe admitir que ésta sigue ahora por el camino que recorrieron las demás ciencias. Al lado de una profesión liberal para el psicólogo, se acrecienta la investigación en la psicología; junto al consultorio se abre el laboratorio; conjuntamente con la práctica y la aplicación, se acentúa la teoría y el estudio. Y este doble desarrollo ha sido la causa y efecto a la vez de una subdivisión de la psicología en varios campos de exclusiva especialización, cada uno de los cuales ha pasado por la época de los pioneros y ha entrado desde un corto tiempo a esta parte, a una época de verdaderos campeones. Muy decisivos resultados, por ejemplo, se han obtenido en el estudio experimental de los atributos o condiciones esenciales de las actividades de la mente. Igual cosa puede decirse de los estudios relacionados con la fisiología, pues se ha dado con métodos para salvar el *impassé* tradicional de las relaciones entre el cuerpo y la mente. En el estudio de actividades anormales de la mente se ha obtenido resultados provechosos tanto para la psicología como para la psiquiatría. La psicología animal ha florecido en los últimos diez años con ímpetu sorprendentes. La psicología racial y social ha experimentado un desarrollo parecido y ha dado bríos nuevos a la antropología y a la sociología. La psicología aplicada, comercial, industrial o como se la quiera llamar, se ha convertido en una especialización que rinde no poco provecho a los laboratorios de muchos países. Y la psicología educacional, por último, ha progresado en forma de haber logrado estrechar y robustecer los lazos de conocimiento que deben unir a los distintos elementos de la vida institucional.

Todas estas ramas de especialización en conjunto, dan color y vida a cada una de ellas. Y cada una de ellas hacen cosa

tan igual con todas las demás, que así como la subdivisión de la psicología obliga al psicólogo dedicarse a uno solo de los campos de investigación con preferencia de los demás, así la estrecha vinculación de las ramas en que a fuerza de grandes y complejos desarrollos se ha subdividido su ciencia, le obliga a cuidar celosamente de que su especialización no se haga a costa de un aislamiento de todos los demás campos de la psicología. Como todo hijo bueno de la sabiduría, está obligado a saber todo de un poco y un poco de todo.

Con lo que llevamos dicho creemos haber insinuado bien que la situación del psicólogo, contemporáneo es la del miembro de una comuna científica, en la cual todo esfuerzo individual parte de un fondo de conocimiento común y se dirige en el sentido de un beneficio también común. La psicología contemporánea ya no puede dispensar del obrero intelectual que dedica toda su vida a la acumulación de datos y estadísticas sobre movimientos reflejos en cada subdivisión de la escala zoológica; y menos puede hacerlo con los servicios del que se entrega a la tarea más cómoda y reconfortante de servir de intermediario entre los gruesos resultados que se obtienen en el laboratorio y las aladas teorías que han de sustentarse en la tribuna política o en la discusión filosófica. Ambos extremos de la variada serie de psicólogos contemporáneos contribuyeron de igual modo al desarrollo del conocimiento de la psicología.

Esta interdependencia de las adquisiciones y labores en la psicología contemporánea, no la presentaba la psicología de cualquiera otra época. Pero no lo creen así los más eruditos historiadores de la psicología, tales como Max Dessoir, Otto Klemm. (1) En los escritos indicados en nuestra nota marginal, estos autores afirman enfáticamente el carácter acumulativo de la psicología de tiempos anteriores a los nuestros. Para ellos, parece ser que la psicología ha pasado por un proceso histórico que se mueve a lo largo de cierta serie de nociones vagas o simples que han sido sustentadas en la Grecia antigua, aceptadas luego en la época del escolasticismo y en épocas ul-

(1) Introducciones a *Outlines of the History of Psychology*, por Max Dessoir, *A History of Psychology* por Otto Klemm.

teriores de heredadas tradiciones, y convertidas, por último, en lo que es ahora la psicología contemporánea.

El lenguaje que mejor le queda a esta actitud de los historiadores mencionados se halla ilustrado con exceso de claridad en las palabras que sirven de frontispicio a la historia de la psicología de Max Dessoir. "There is, as it were "dice" a night view of Greek life. The night which we mean is not dark and dead but filled with a life of mysterious activities and revelations. This darkness accompanies the entire development of ancient psychology. It continues then through the history of modern peoples, reaches indeed the present day and is never bound to disappear because it is bound up with permanent features of human nature" Quiere decir, que los griegos han aportado los primeros elementos con los cuales principia y termina la carrera de la ciencia del alma.

Desde luego, no se trata aquí de un error de atribuir importancia especial a la contribución que hicieron los griegos a la psicología. Se trata, más bien, de atribuir arbitrariamente a los griegos una contribución que se aviene con un miraje especial de la historia. Dentro del concepto algo monístico de la historia de la psicología, sustentado por los historiadores citados, cada una de las etapas históricas de esta ciencia parece encubar, por así decir, las etapas subsiguientes.

Para el historiador, en otras palabras, la psicología tiene un génesis en los griegos no porque los griegos fueron los primeros psicólogos en la civilización occidental, sino más bien, porque los griegos primero llevaron a cabo esas observaciones y generalizaciones que fueron condiciones iniciales indispensables para hacer que la psicología llegara a ser lo que hoy es. Así también, los psicólogos del escolasticismo ocupan según él, un lugar posterior al de los griegos, no sólo porque aparecen después de éstos, sino también porque heredaron lo que los griegos llevaron a cabo en una época anterior.

Pero esto no es lo más grave. Peor es que debido a ese esquema evolutivo y rígido a la vez, análogo al del universo spenceriano, el historiador se impone tareas gratuitas y difíciles por razones de "necesidades históricas".

Así es como luego de construir su bosquejo de etapas de una sucesión cronológica, el historiador tiene que dedicarse a establecer las funciones llenadas por cada una de ellas. Así sucede,

efectivamente, en todos los tratados (1) que se han escrito sobre la historia de la psicología. Según ellos, tres fueron las etapas y fueron tres las funciones que llenaron: La primera, la de la Grecia antigua, que ha tenido por función la de clasificar los hechos de la mente; en la segunda, la cual abarca todo el período del escolasticismo desde los primeros padres de la Iglesia hasta Santo Tomás de Aquino, la psicología se reducía a la función de explicar racionalmente las actividades mentales; y en la última y tercera etapa, en la época moderna desde Descartes hasta Herbart, más o menos, la psicología ya presentaba el carácter de una ciencia que como las demás ciencias debía adoptar la explicación genética de los hechos. Veamos un ejemplo de esta manera de hacer historia.

Ya hemos mencionado “la psicología de las facultades mentales” y hemos expuesto brevemente el interesante papel que está desempeñando en nuestros conocimientos históricos. A este asunto, repetimos, hemos de dedicar un capítulo especial; pero en cada una de las partes de este trabajo hemos de tener ocasión de decir algo al respecto. Aquí mismo tenemos que volver a él para ofrecer un ejemplo del error a que conducen “las necesidades históricas”. Ocurre, en efecto, que bajo la preocupación de que “la psicología de las facultades” ha sido obra de las primeras dos etapas de la historia de nuestra ciencia, su valor y sus condiciones se determinan generalmente de acuerdo con las funciones (de clasificación y racionalización) atribuidas a esas dos etapas históricas. De esta manera, se la identifica con la obra de los psicólogos de la Grecia antigua y del escolasticismo y se la supone haber sido lo que la psicología

(1) No sabemos que haya otros tratados sobre toda la historia de la psicología que los de Klemm y Dessoir, en Alemania; de Brett en Inglaterra y de Baldwin en Estados Unidos. Una obra, la primera quizá en la materia, es la de Carus, la cual ha sido escrita en Alemania hace más de cien años. Mucho se ha escrito sobre períodos determinados de la historia de la psicología. Aparte de los estudios de esta clase hallados en historias más o menos extensas de la filosofía como los de Gomper, Windelband, Weber, Herdman, Ueberweg, Kuno Fisher, Cousin, Zeller, esta clase de estudios ha sido cultivada por Siebeck, sobre la psicología antigua hasta Tomás de Aquino; por Dessoir sobre el oscuro período que media entre Leibnitz y Kant; por Kuno Fisher sobre la psicología del siglo diecinueve a partir de Wolf y por Ribot sobre aspectos modernos.

ha llegado a ser hasta poco antes del siglo XIV. Algunos autores han sido llevados por estas presuposiciones al extremo de afirmar que “la psicología de las facultades”, ha constituido un elemento indispensable de progreso para la ciencia, dadas sus funciones de clasificar los hechos mentales de modo que sea posible su explicación racional. Los mismos autores concluyen que los psicólogos de la antigüedad no esperaban hacer otra cosa que llenar dichas funciones y hoy día el nombre de “psicología de las facultades” no ofrecería, dicen, un término de reproche y de ridiculización, si el psicólogo antiguo hubiera afirmado explícitamente los propósitos que le animaban.

Así, por ejemplo, G. F. Stout en su *Manual of Psychology* dice: “reference to a faculty, though it is futile from the point of view of causal explanation, may none the less have a good and useful meaning from another point of view, that of classification. Now, some kind of classification is a primary necessity for the psychologist. To divide and arrange... and give appropriate names... is in itself a no small achievement. Many of the earlier psychologists were so absorbed in inquiries, of this nature that they ignored the need for discussing questions of origin and development. They tacitly assumed that their whole problem was one of classification. If they held and expressed this view with full distinction... faculty psychology could not be justly used as term of reproach”

Para Stout, pues, “la psicología de las facultades” ha satisfecho una necesidad “primaria” y absorbió a los primeros psicólogos en tal forma que les hizo olvidar problemas relacionados con el origen y el desarrollo de las actividades mentales moviéndolos a creer tácitamente que el problema que afrontaban era simple y exclusivamente el de la clasificación de los hechos que muchos siglos después serían objeto del estudio de la psicología. Como veremos más adelante, Stout no es el único que afirma, semejantes cosas. Para el objeto que lo hemos citado demás estaría detenernos aquí a objeto de hacer sentir sobre sus afirmaciones el peso de un minucioso análisis. Baste por ahora, tener presente la cita hecha como ejemplo de soluciones artificiosas a que dá lugar el método de describir la historia de la psicología por medio de escalas cronológicas de desarrollo y de funciones útiles y necesarias.

Parece ser que los autores que hemos citado ven en la historia de la psicología, el carácter de una comuna científica como que presenta la psicología contemporánea en la subdivisión y el aprovechamiento de los esfuerzos individuales y aislados. Esos autores ven en la psicología de otros tiempos, la misma actitud que la de la psicología de hoy con relación al trabajo aportado por cada una de las distintas ramas de la especialización en que se subdivide.

Ya hemos afirmado que esto no puede ni debe hacerse. La impresión que se recoge del estudio de las obras que son los elementos de juicio de la historia de la psicología es, en efecto, la de que el psicólogo del pasado, lejos de haber asumido tácitamente que su papel es el de traer sistemática y gradualmente las condiciones que él consideraba indispensables para hacer posible el advenimiento de lo que es hoy la psicología siempre ha estado dominado, más bien, por una tendencia a formular toda la técnica, y sistematizar todo el conocimiento, de la ciencia del alma, mediante, su propio esfuerzo aislado e individual. Su obra ha estado dirigida en el sentido que han tomado los esfuerzos intelectuales en la metafísica. Salvo el caso de algunos de los padres de la Iglesia que con muy poco éxito pudieron trasplantar a su época la psicología aristotélica, el psicólogo nunca tuvo predecesores en su obra. A esta afirmación, de por sí fuerte, debemos agregar que, para el psicólogo antiguo, la obra de los que le precedieron en la historia de la psicología, era una huella que siempre ha tratado de escapar, un antecedente malo del cual ha tratado siempre de librarse. A tal punto se cuidaba de no aparecer emparentado con lo que se acumulara anteriormente a él, que al poner manos a su contribución a la ciencia, generalmente arremetía contra la obra de todos sus predecesores. Esa era, en verdad, la única referencia que hacía al pasado de su ciencia; y en cuanto al futuro de ella, no cabía más referencia que la de su propia obra.

Descartes, por ejemplo, después de dieciseis siglos de haberse escrito un tratado como el "De Anima" de Aristóteles tan extremadamente superior a los que se escribieron no sólo antes, sino también siglos después de aparecer el "Discurso del Método" decía al comenzar su obra psicológica: "No tendría ninguna esperanza de llegar a la verdad en esta materia, si antes no abandonara el camino seguido por mis antecesores.

Esta es suficiente razón por el cual me veo en la obligación de escribir ahora del mismo modo en que lo hacía si se tratara de un asunto que nadie anteriormente a mí ha rozado siquiera” (1).

El mismo Aristóteles nos ofrece un ejemplo de una aprehensión más acentuada aún para con sus predecesores. Casi toda una tercera parte de “De Anima” está dedicada precisamente a la crítica de las nociones sustentadas desde Thales hasta el Stagerita acerca de los fenómenos mentales. En nuestra sección en que nos ocupamos detenidamente, más adelante, de la psicología aristotélica veremos las diferencias que separan a Aristóteles de los que se ocuparon de dichos fenómenos con anterioridad a él. Por el momento, basta mencionar de paso el capítulo primero de “De Anima”, el cual es una extensa afirmación de lo que declara Descartes en la cita anotada. Pero no se puede resistir a la tentación de detenernos, aunque más fuera de paso, en algún pasaje (2) de ese capítulo. En él, Aristóteles arremete contra sus predecesores en la investigación psicológica y con frecuencia se dirige contra Platón en un lenguaje que ha sido imitado por una gran serie de críticos modernos que escribieron contra la psicología antigua. Como veremos más adelante, su crítica consiste en una minuciosa interpretación de la psicología de sus antecesores para demostrar, como él mismo lo expresa, que su propia psicología es una nueva serie de conclusiones acerca del alma, las cuales son el resultado de un estudio “hecho nuevamente desde sus primeros principios” (3).

Igualmente significativo es el ejemplo que ofrece la contribución de Jhon Locke a la psicología. Esta contribución fué aportada de muy distinto modo que el que le atribuyen los tratados históricos que se basan sobre una serie de etapas cronológicas caracterizadas por funciones de progreso científico especiales. En realidad, la psicología de Jhon Locke, comprendida

(1) DESCARTES: *Les passions de l'ame*, pág. 10.

(2) Ver traducción de De Anima en inglés por Hicks o en francés por Saint Hilaire; especialmente libro 1.º cap. I Sección 7.

(3) Idem, libro 2.º cap. 1.º Sección 1.ª véase también sección 2.ª del mismo capítulo, en el cual Aristóteles dice: “el alma, en este tratado no debe ser considerada como entre nuestros predecesores”, etc., ver también la versión de De Anima por Trendelenburg, 407, B.

en su “*An Essay of the Human Understanding*”, lejos de haber sido inspirada en propósitos de hacer un aporte a la escala progresiva de un desarrollo que ya ha tenido dieciseis siglos de historia, ha sido, como lo dice Locke mismo, inspirada en una discusión filosófica entre varios amigos suyos, en la cual se tropezaba en una falta y una necesidad de conocimiento, sentidas intensamente, por todos ellos, acerca de los fenómenos mentales” (1).

Por último, es interesante observar que un psicólogo tan reciente como Herbart, ofrece uno de los ejemplos más interesantes de divorcio con el pasado de la psicología. En verdad, la mayor gloria atribuida a Herbart (mal atribuida como se verá luego) es la de haber dado el último golpe en la separación entre la psicología antigua y la moderna. Una buena parte de su gruesa obra “*La Nueva Psicología*” (2) es una crítica acerba de la psicología antigua.

Evidentemente, pues, no hubo en la historia de la psicología una apropiación continua de las posesiones intelectuales de una época por otra. Como veremos en su debido lugar, las fuerzas sociales que motivaron en gran parte la investigación psicológica no han permitido semejante apropiación. Por otra parte, el mismo carácter del objeto que estudia la psicología ha impedido que una adquisición en una época dada fuera el resultado de desarrollar adquisiciones de una época anterior. Nos referimos, desde luego, a las dificultades en que siempre se ha tropezado para precisar exactamente el objeto de ese estudio. Claro es que en términos generales se ha convenido, en todas las épocas, que ese objeto es la “conciencia”, “alma”, “mente”. Pero es un hecho bien conocido que aun los textos de psicología de nuestros días declaran que la “conciencia” no puede definirse en otros términos que en los de sí misma. Y, cuando una cosa tiene que ser definida en términos de un objeto ajeno a ella, (desde los días Anaximandro hasta los nuestros, este objeto ha sido religioso, institucional o material) es del todo imposible evitar que cada vez que éste cambie, también cambie

(1) Introducción al *Essay of the Human Understanding*.

(2) Páginas de igual crítica hay en su *Psychologie als Wissenschaft* y su *Lehrbuch der Psychologie*.

lo que con él se ha identificado, Esta es la causa más fundamental que, como veremos más adelante con superabundancia de prueba, ha hecho que la historia de la psicología sea la historia no de una, sino de muchas psicologías.

Ocurre, por otra parte, que en el fondo de las transformaciones experimentadas por la ciencia de las actividades mentales, ha quedado como asentada una terminología, fija e inalterable, que en distintas épocas ha ofrecido un vocabulario técnico común para dar expresión a sistemas de psicología radicalmente diferentes. Y es deber ineludible de un historiador, determinar a punto fijo dentro de la terminología de un psicólogo, todo lo que es nativo y propio a él, y, por otra parte, todo lo que no lo es. Esta es una tarea difícil. No es fácil, por ejemplo, decir que significaba “idea” o “sensación” para Platón y Spinoza, para Hume y James.

Muchas son las generalizaciones, sin embargo, que se han hecho con las singularísimas acepciones que tienen vocablos como los citados en los precursores de la psicología; una de estas generalizaciones será en gran parte nuestro tema siguiente.

II

LA “PSICOLOGÍA DE LAS FACULTADES MENTALES”

Aunque lo que más nos concierne aquí es la descripción histórica de la “psicología de las facultades”, es decir, los conocimientos que tenemos acerca de su origen, desarrollo y final destino, no estaría demás ocuparnos de la crítica que desde Herbart ha venido desacreditándola y haciendo de su nombre un término adecuado para designar todo lo que en la psicología contemporánea es inaceptable y detestable. Bastará aquí la cita textual de los críticos tales como Herbart, Stout y Thorndike.

Herbart dice: “La psicología de las facultades explica los fenómenos mentales nada más que mediante clasificaciones y reclasificaciones. Después de clasificarlos, adjudica a cada fenómeno un poder especial de la mente y a cada poder atribuye distintas posibilidades de manifestaciones mentales. Cuando no halla poderes a los cuales pueda atribuir dichas posibilidades, crea o supone la existencia de nuevos poderes para cada una

de las posibilidades que alcanza a clasificar. De este modo, la clasificación de los hechos mentales (útil para un dominio total de las actividades de la mente) es identificada sin ninguna razón con el estudio de la psicología. Y en lugar de un sistema completo de leyes psicológicas, se obtiene un mero agregado de poderes mitológicos". (1)

Stout dice: "La psicología de las facultades" cometía la falacia de tomar como causa de un hecho mental el concepto racional con que lo identificaba. Era el caso de la respuesta dada por uno de los protagonistas de las obras de Molière al pedirle la razón por la cual el opio produce sueño. "El opio produce sueño", contestó, "porque tiene un poder soporífero". En la psicología de las facultades sucede cosa parecida al explicarse los hechos mentales mediante la referencia de cada una de ellas a una *facultad* correspondiente. Las desventajas de todo esto son nevidentes. Asignar a una facultad la causa o la condición esencial de un estado de alma es, ni más ni menos, que encerrarse en un círculo vicioso o no es dar explicación alguna" (2).

Thorndike dice: "Decir que el hombre tiene la facultad de memoria, era, para la "psicología de las facultades", explicar todo lo que puede explicarse acerca de la forma en que el hombre está influenciado por su propia experiencia. Una ciencia de esta clase podía precedir muy poco la conducta de un hombre dado en una situación dada. Esta ciencia concebía la mente con una máquina de la cual eran partes las "facultades" catalogadas por el psicólogo. Postulaba que ante la experiencia la mente se ponía en actividad, la percepción la percibía la discriminación la distribuía en sus distintos elementos, la memoria la retenía, la sensación la sentía y así sucesivamente. Afortunadamente esta ciencia está desapareciendo del dominio del psicólogo y no se necesita decir a su respecto nada más que era una ciencia falsa, una verdadera mitología" (3).

Ahora bien, desde Herbart hasta nuestros días todo el mundo ha estado de acuerdo en que la "psicología de las facultades", a pesar de que sus resabios pueden hallarse en al-

(1) *Psychologie als Wissenschaft I Utheilung.*

(2) *Manual of Psychology*, págs. 104-105.

(3) *Educational psychology*, vol. I, págs. 11 y 174. Vol. II página 364.

gunas teorías contemporáneas acerca del problema del conocimiento, ha sido una especie de leyenda mitológica de las actividades mentales. Pero leyenda peor parece ser la que nos ha explicado y descripto hasta ahora la historia de la “psicología de las facultades mentales”.

Esta descripción ha entorpecido nuestro miraje de la historia de la psicología. Nos ha acostumbrado a pensar que la historia de la psicología comprende dos y solo dos tipos de investigación: la que se basa sobre el concepto de “facultades” y la que no se basa sobre ese concepto. El asunto ha llegado a ser uno de los más importantes de la historia de la psicología. El historiador por su parte, se ha encargado de trazar una línea de demarcación entre la psicología antigua y moderna, mediante el descubrimiento de los hechos que pusieron término a la “psicología de las facultades”.

Como resultado de esa tarea del historiador, se ha llegado a la conclusión de que la “psicología de las facultades” tuvo su origen en Aristóteles, fué desarrollada por el escolasticismo y dominó hasta los tiempos de Herbart, quien logró finalmente desacreditarla por completo.

Otto Klemm, por ejemplo, autor de la más reciente y más difundida obra sobre la historia de la psicología, declara, sin escrúpulo alguno: “La doctrina de las partes del alma (Klemm se refiere a la que sostuvo Platón) se convierte en Aristóteles, en la (nótese el artículo) psicología de las facultades mentales...; la cual ha estado en boga por mucho tiempo. Durante el escolasticismo ha revivido a pesar de los notables comienzos que entonces se hacía en la psicología empírica. Pero el paso más decisivo contra la psicología de las facultades fué dado en Alemania con la memorable crítica que le dirigió Herbart”. (1)

No es difícil demostrar que los citados juicios históricos no se basan sobre hechos auténticos y reales. A juzgar por las evidencias que fácilmente pueden estar a nuestro alcance, parece ser que ni Aristóteles fué el originador de esa psicología, ni fué Herbart quien la destruyó. Veamos por partes estas dos figuras al través de los hechos por los cuales no pueden ser tomados como los protagonistas del origen y fin de la psico-

(1) *A History of psychology*, págs. 44-69. Véase también E. F. Buhcner *A Study of Kant's Psychology*, págs. 27-32. T. M. Baldivin, *Outline of the history of psychology*.

logía de las facultades. En esta sección de nuestro trabajo estudiaremos la cuestión con respecto a Aristóteles, a quien dedicaremos la sección siguiente también, a fin de que, después de haber determinado lo que su psicología no es, podamos determinar con detenimiento lo que sí es. Al estudio de las relaciones del escolasticismo y sus desarrollos en la psicología cartesiana con la teoría de las facultades, dedicaremos nuestra cuarta parte y a Herbart nos referiremos ampliamente en la quinta y última.

Con relación a Aristóteles, las evidencias que se oponen a dicha identificación pueden reducirse a una mera cuestión filológica, pues en sus escritos la palabra “facultad” no existe, por lo menos para designar dos hechos psicológicos con que generalmente va unida en tiempos modernos. Ciertamente es que los numerosos traductores de Aristóteles han hecho un uso exagerado de dicha palabra. Pero a pesar de eso, una comparación detenida entre varias traducciones nos dan buenas bases para negar la existencia de una palabra equivalente a “facultad” en el vocabulario de la psicología aristotélica.

Los traductores, por ejemplo, difieren considerablemente entre ellos con respecto al sitio que ha de ocupar la palabra “facultad” en los escritos del *stagirita*. Así es como no solo vierte a la palabra “facultad” en un gran número de términos aristotélicos, sino que traducen un solo vocablo griego como *δυναμις* a una gran serie de términos modernos como los de *parte, función, elemento, afección, poder, facultad, carácter atributo, compuesto*, y hasta *cosa de alma*. (1)

Dentro de los elementos de este problema filológico podemos hallar algunas de las dificultades en que se tropieza para traducir la psicología de Aristóteles a la terminología de la psicología moderna. Al pasar por las horcas del pensamiento moderno, deja de ser aristotélica para convertirse en psicología moderna. En las seis traducciones mencionadas al pie, las tendencias predominantes de la época o lugar en que fueron hechas determinan en gran parte la interpretación del texto griego.

(1) Compárese traducciones de *De Anima* por Hicks, Hammond, St. Hilaire, Rodier, Busse, Wallace, especialmente libro I, cap. I, sección 6; libro III, cap. 3, sección 1-2.

Cosa peor aun, ocurre cuando la interpretación ha de supeditarse a una crítica o al propósito de reconstruir los hechos interpretados. En tales casos, estos hechos se contrastan generalmente con la nueva teoría o escuela a que pertenece el traductor y la importancia de ellos es mermada al propio tiempo que se les dá autenticidad histórica. Esto es, en efecto, lo que ha ocurrido a la *De Anima* en los escritos de Herbart, a quien se debe la creencia de que Aristóteles fué el creador de la psicología de las facultades. De parte de Herbart, esta imputación acusa no poca ingratitud suya, puesto que la actitud, y hasta el mismo lenguaje que ha empleado en su crítica contra la “psicología de las facultades”, parecen ser una pálida imitación de los comentarios que hace Aristóteles, en su tratado de psicología, sobre las ideas sustentadas por sus antecesores.

Fué Aristóteles, en efecto, quien en un lenguaje nunca igualado desde entonces, ha tratado por primera vez de librar a la psicología de elementos artificiosos como los que sirvieron de base a la “psicología de las facultades mentales”. Los pasajes que pueden citarse al respecto tienen una gran similitud con las críticas contra la “psicología de las facultades” citadas más arriba. Así, por ejemplo, leemos en *De Anima* cosas como éstas :

“Pensadores hay, en verdad, que declaran que el alma está dividida en distintas partes, y razona con una de ellas, desea con otra y así sucesivamente. Aquí cabe preguntar ¿Qué es lo que une a todas esas partes del alma? Seguramente, no es el cuerpo que las une; lo que generalmente se sostiene es que el alma une al cuerpo. Ahora, si es otra cosa que el cuerpo, tampoco podrá ser el alma misma; y aun en el supuesto que se supiera que es lo que une a las partes del alma, cabría preguntarnos nuevamente si esto que las une es una unidad también subdividida en partes. Si no está subdividida en partes, por que no ha de ser ello el alma misma. Si, por el contrario, no estuviera subdividida también en partes, tendríamos que inquirir por lo que la une; de este modo nuestras preguntas nunca tendrían fin” (1).

“También surgirían interrogantes acerca de las distintas partes del alma; nos preguntaríamos, por ejemplo, que poder

(1) Idem libro I. cap. 5. Secc. 22.24.

ejerce cada una de ellas sobre el cuerpo, puesto que si el alma une al cuerpo probablemente es que cada una de sus partes esté unida con alguna porción del cuerpo. Esto, sin embargo, parece ser imposible; es hasta imposible imaginar la parte del cuerpo que estaría unida a la razón y la manera en que esa unión se efectuaría. Las plantas, por ejemplo, y algunos animales siguen viviendo después de haber sido cortados a pedazos; lo cual implicaría que cada una de sus partes posee un alma... por lo menos cada una de sus partes posee sensación y poder de ciertos movimientos durante algún tiempo”. (1)

“Un punto de vista más plausible sería el de sostener que el alma, y no sus partes, siente dolor y placer, siente temor y emoción, está irritada, percibe, infiere...; pero aunque todo esto puede en realidad ser verdad, debe admitirse que hablar del alma para decir que se siente irritado o siente temor, es tan inapropiado como decir que el alma teje o trabaja. Quizá sería mejor, por esa razón, no decir que el alma aprende, se siente compadecida, infiere o siente placer; sino, decir que el hombre hace todas esas cosas por medio de su alma”. (2)

Citemos, por último un pasaje más, cuyo lenguaje es idéntico al que han empleado los enemigos más acérrimos de la “psicología de las facultades”.

Es de recordarse entre éstos, a Herbart y a sus frases citadas más arriba, en las cuales arguye que una psicología a base de facultades mentales lleva al extremo de tener que enunciar una serie sin fin de facultades. Dice Aristóteles: “El alma sostienen algunos, está compuesta de elementos constituyentes de toda la existencia a fin de poder percibir y conocer toda cosa existente. Esta teoría envuelve numerosas imposibilidades (absurdos) puesto que parte de la base de que lo semejante conoce lo semejante; lo cual implica que el alma está compuesta de los elementos que son objeto del conocimiento. Pero los objetos de nuestro conocimiento comprenden muchas otras que los elementos componentes de la existencia. Y lo que es más interesante aún, es que dichos, elementos son de un número ilimitado. Aún admitiendo, pues, que el alma percibe y conoce en la forma descripta, nos resta preguntarnos por cua-

(1) Idem, libro I, cap. 5, secc. 26-27.

(2) Idem, pág. I, cap. 4, secc. 13-14.

les elementos conocería a Dios, al hombre o cualquier cosa compuesta... o el bien o el mal". (1)

En las citas anotadas, no hemos querido estudiar la psicología de Aristóteles. Esto lo haremos más adelante al trazar los caracteres más importantes que debiera revestir la interpretación de su psicología. Aquí sólo hemos deseado poner de relieve dos hechos que están en conflicto con la identificación de *De Anima* con la "psicología de las facultades". Estos mismos hechos tendrán mayor fuerza cuando los observaremos en el contexto total de esa obra. Pero, por ahora, parece ser evidente que la distancia que separa a Aristóteles del concepto de "facultades" es por lo menos tan grande como la que separa de ese concepto a Herbart. Y esto puede decirse dos veces, porque en realidad lo que separa a Herbart de ese concepto no es, como veremos luego, una psicología propia de grandes méritos y ventajas sobre la que ha criticado, sino, la misma crítica de que es autor y nada más. Pero como ya hemos visto, su misma crítica no presenta elementos de una sabiduría que no haya estado al alcance de Stagirita.

III

LA PSICOLOGÍA DE ARISTÓTELES

El decir de Henry Maine que "no hay nada en el mundo, excepto las ciegas leyes de la naturaleza, que no sea griego en su origen", no siempre ha servido para hacer justicia a los pensadores de la Grecia antigua. Ningún homenaje, por ejemplo, se rinde al pensamiento griego, cuando se le atribuye la paternidad de los conocimientos post-helénicos de la psicología. Es ésta una especie de imputación que inhabilita, a los que la hacen, para entender a los griegos antiguos.

Cierto es que hubo una apropiación de la psicología de los griegos, especialmente de la de Aristóteles, siglos después de la desaparición del último de los académicos de Atenas. La apropiación, sin embargo, ha significado una alteración, la cual como se verá más adelante, ha revestido en muchas ocasiones caracteres bien caricaturescos. Todo el conocimiento de la

(1) Idem, cap. I, pág. 409 B; secc. 20-30.

Grecia antigua acerca de la naturaleza de las actividades mentales no podía imitarse o apropiarse sin antes ser transfigurado con el sello de la época en que se la apropiara.

No es difícil determinar alguno de los factores que presentan este estado de cosas único, inimitable, inaccesible, en el pensamiento griego, especialmente en sus adquisiciones, en la psicología. Puede aducirse, por ejemplo, que las tendencias materialistas de los primeros pensadores griegos, y sus preferencias por las explicaciones hechas en los más simples términos, arraigan en la Grecia una disposición a explicar la mente y la realidad en su terminología común.

La diferencia entre lo físico y lo psíquico que nos trajo el cristianismo no podía haber sido concebida en Grecia. Lo mental y lo material, tenía allí los mismos atributos. Lo físico era atribuído a lo psíquico y lo psíquico a lo físico indistintamente. Así fué como Thales podía decir que el magneto tiene alma; y así Heraclitus podía decir que “el alma se siente deleitada al humedecerse”.

En un mundo como ese en donde la naturaleza podía tomar ya la forma del universo de las ideas de Platón, o ya la del universo de los átomos de Demócrito, sería nada menos que paradójico que se sustentara una creencia como la que sirve de base a la psicología de facultades, es decir, una fe implícita en los poderes ocultos de una mente también oculta. En un mundo reflexivo como ese, las actividades mentales presentan un problema que debe ser resuelto a la manera de los que presentan hechos como el agua, el calor, el ojo, etc. Eso es lo que en realidad sucedió. Y en el fondo de esta manera de encarar el problema de la mente, palpita esa riquísima enseñanza para todo el intermezzo histórico que nos separa de los griegos, de que la naturaleza y la mente son hechos afines y nada distintos entre sí. Ha sido por el desarrollo de esta doctrina que hallamos en Aristóteles la teoría de que la mente es una consecuencia lógica de hechos naturales determinados, y no un vacío fantasma como se ha creído después de Aristóteles.

*

* *

El detenido estudio de Aristóteles con relación a su interpretación de los fenómenos mentales no se ha hecho todavía,

quizás a causa de que los numerosos estudios que se han hecho de un tiempo a esta parte sobre Aristóteles, han estado inspirados en intereses puramente filosóficos y no psicológicos. Esto es de lamentarse porque representa el abandono de un problema histórico sumamente fascinador, que ilumina una fracción considerable del pensamiento aristotélico.

La falta de interés histórico por parte del psicólogo contemporáneo es en gran parte la causa del abandono. Claro es que bien se justifica esta actitud del psicólogo contemporáneo, puesto que éste no puede, por cierto, sacar ningún provecho, del pasado de su ciencia. Pero distinto es el caso si se le considera con relación al historiador. No se justifica de ninguna manera que éste ceda a la influencia del psicólogo. Su deber es el de descubrir hechos en el pasado, cualquiera que fuere su utilidad o la acogida que se merecieren en el presente.

Dado, pues, el estado de cosas que reina en la familiarización con la psicología de Aristóteles, el presente estudio ofrece dificultades y deficiencias que sólo podrán ser subsanadas por estudios ulteriores. Una de estas deficiencias es forzosamente la de una falta de otros recursos de presentación que los que ofrece el lenguaje técnico de Aristóteles. Lo cual requiere no poca generosidad y esfuerzo por parte de los que se interesaran en el problema aquí planteado. Una segunda deficiencia es la de que no nos será posible hacer una presentación bien detallada de las implicaciones de la psicología aristotélica como sería de desear luego de describir uno de los aspectos de nuestra interpretación. El aspecto que hemos escogido ofrece a nuestro propio criterio, los elementos de una metodología, por así decir, para una interpretación de la psicología de Aristóteles.

*

* *

La psicología aristotélica es parte inclusiva e integrante del *sistema* filosófico de Aristóteles. Cualquier otra rama del conocimiento cultivada por él, es parte inclusiva e integrante de su sistema. Así como no se puede, por ejemplo, conocer su lógica sin un conocimiento especial de su metafísica y de su obra en general, así no se puede conocer su psicología sin tener un conocimiento especial de su física y de los caracteres generales de su obra.

Esta dependencia mutua de todos sus escritos, es en sí, misma un hecho capital que postula Aristóteles en su *Lógica*. En su *Analítica posterior*, por ejemplo, hallamos que define la ciencia como “la investigación de objetos necesarios, que parte de principios necesarios”. Por consiguiente, no se puede hacer justicia a su “ciencia del alma”, si antes no determinados cuales son los “objetos necesarios” que investiga y los “principios necesarios” de que parte.

¿Cuáles son esos “objetos necesarios” y esos “principios necesarios”?

Este interrogante encuentra su respuesta en los elementos de la situación lógica en que se coloca su *Física*. Sólo dentro de la situación lógica en que se coloca Aristóteles, al describir el proceso de cualquier fenómeno de la naturaleza, y sólo mediante el esfuerzo de inferir desde esa situación la acepción de sus ideas, podemos darnos cuenta de lo que sostenía Aristóteles con respecto a las actividades de la mente. En una palabra, para lograr un conocimiento de su psicología tenemos que acecharla por todas las tranqueras de su lógica.

Es ésta la misma, lógica de los predecesores de Aristóteles, elaborada y sistematizada por él en algunas de sus más remotas consecuencias. Impresionados por los cambios ordenados y cumulativos que parecen supeditar en la naturaleza los fenómenos orgánicos e inorgánicos a finalidades especiales o tipos singulares de organización, los pensadores de la Grecia antigua concebían los fenómenos de la naturaleza como por medio de instantáneas fotografías, al decir de Bergson, tomadas en su colectiva carrera a intervalos fijos. Necesariamente, pues, fué que los fenómenos de la naturaleza parecíanles actividades eternas y “autoevolutivas” de un preestablecido drama universal; y cada fenómeno derivaba su significado del papel que desempeñaba su propia participación en la unidad total de la realidad.

Lo significativo es que, — de la totalidad de los cambios universales los griegos antiguos derivaban el significado de cada uno de los fenómenos de la naturaleza. Su conocimiento de la realidad debía partir, para ser tal, de la realidad total, la cual trascendía, en muchos sentidos, la percepción humana; y ese conocimiento debía estar dirigido, para ser genuino, a las realidades constituyentes de la realidad universal, a las esen-

cias particulares, las cuales, también, transcendían a la observación.

Todo esto, por ejemplo, observado, al pie de la letra por el bosquejo del universo que encontramos en el sistema de Platón. Propúsose este sistema nada más que señalar los fines y los valores de las actividades humanas; y para lograr su propósito se vió en la obligación de poner de relieve todo el universo del cual dichos fines y valores toman parte. En otras palabras, este sistema filosófico es la culminación de aquellos maridajes, frecuentes en el pensamiento griego, los cuales no tienen otra representación en tiempos modernos que los de Mundo-Razón, — o Mente-Cosa—. La expresión se hizo explícita en el concepto de tres mundos u órdenes de existencia formulados por Platón. Uno de ellos, comprendía al *ser*, o la realidad que en el lenguaje platónico viene a ser tomado en su sentido psicológico y hecho, al mismo tiempo, entidad metafísica llamada “forma”, “actualidad”, o “idea”. El otro comprendía el *no-ser*, los fenómenos contingentes, los cuales son “sombras” de la realidad. Y el tercero, era reservado para el “alma” a fin de fundamentar la teoría de Platón, de que toda esta trilogía universal es puesta en movimiento por la “memoria”, según algunos; por la metempsicosis según otros.

En Aristóteles, desaparece esta fantástica trilogía. Sin embargo, subsiste por completo su “ideología” y, lo que es más, ésta recibe el retoque que la convierte en una bien sistematizada lógica de lo final y eterno de la existencia.

A este desarrollo aristotélico de la lógica del pensamiento griego, según la cual el conocimiento de un fenómeno o hecho dado consiste en referir el hecho a la “idea” que le corresponde en el mundo de la realidad, debe la psicología aristotélica su carácter único y distintivo. Lo “mental”, como ya hemos dicho, recibía la explicación de cualquier otro fenómeno del mundo. Es decir, lo “mental” se desenvuelve como un hecho del mundo del *no-ser*, y al mismo tiempo guarda relación con su correspondiente idea en el orden del *ser*, como cualquier otro fenómeno del *no-ser*.

Por lo tanto, el cambio sufrido por la lógica griega en manos de Aristóteles, consiste en que él, a diferencia de Platón, relaciona las “ideas”, o “formas”, no sólo entre sí, sino también con el mundo de los fenómenos contingentes. Cuandoquiera

que una sucesión de cambios se dirige hacia su finalidad o ideal, la naturaleza de los hechos es identificada por Aristóteles con sus “ideas” o ‘formas’. La “idea” o la “forma” significa para él la última manifestación de los cambios de un fenómeno.

Así es como en Aristóteles, el concepto del cambio llega a tener una gran significación. Los cambios en las cosas son manifestaciones de la “forma” o la “idea” de las cosas. Los cambios son para la percepción humana el vehículo en que la realidad o la “idea” se exhibe. El último cambio de una cosa es su “forma” o “idea” su realidad.

Lo contingente, lo irreal, recibe en Aristóteles también el nombre de *potencialidad* el cual debiera haber dado no poco que hacer a los pocos que han tratado de interpretar su psicología. Sin embargo, como lo hemos notado más arriba, para ellos esta palabra *δυπαμς* ha sido muy descuidada y descuidadamente traducida, pues ha recibido la larga serie de vocablos citados en su debida ocasión (véase página 232).

Para los traductores, la palabra potencialidad ha sido traducida generalmente por la de “facultad” o “poder” en el sentido de subjetivismo que tienen estas palabras en la psicología moderna o en las ciencias naturales post-darwinianas. Ahora bien, si los traductores al ocuparse de “potencialidad” se hubieran preocupado por el vocablo “actualidad” con el cual va hermanada en Aristóteles, no se hubieran permitido el error aquí señalado. En efecto, si “potencialidad” fuera lo que en tiempos modernos significa “facultad” o “poder”, entonces el proceso de lo ‘potencial’ a lo “actual”, que es el proceso del *ser* al *no-ser*, sería un proceso de evolución en el sentido darwiniano más estricto; o sería, por lo menos, el proceso de las operaciones mentales en el sentido dado a éstas por la psicología de las “facultades mentales”.

Pero en Aristóteles potencialidad no quiere decir nada de eso; no hace surgir ninguna cuestión de poder causal. Causas, para Aristóteles, se atribuyen a la “actualidad”. Sólo la actualidad contiene dentro de sus elementos de una prioridad causal. Y esta función de lo “actual” hace que la “potencialidad” signifique en Aristóteles lo exactamente opuesto a lo que significa en tiempos modernos.

En nuestros tiempos, por ejemplo, “potencialidad” significa poder, potencia; quiere decir algo real. Para Aristóteles,

por el contrario, significaba impotencia, inexistencia metafísica; o sea, algo irreal. Lo real es lo “actual”, lo “idea”, que es un hecho psicológico, conceptual, convertido en una existencia metafísica a cuyo lado se forma un orden de contingencias como consecuencia de la falta de capacidad, por parte de nuestras percepciones de tiempo y de espacio, para oponerse en contacto con lo real.

*

* *

Por otra parte los dos órdenes de existencia, en la “potencialidad” y el de “actualidad” están relacionados de una manera especial: el de la “actualidad” es un orden de realidad perfecta, divinamente perfecta; el de “potencialidad” *tien-*
de, y siempre está en procesos de llegar, a obtener títulos de perfección que lo incorpore en el orden de la actualidad.

El secreto de esta relación es el de una escala de valores de la “actualidad”. En primer término tenemos la actualidad mayor, única, establecida por encima de todas las demás actualidades” y comprendiéndolas a todas ellas: es la “actualidad” de las “actualidades”, la actualidad pura o sea, lo que Aristóteles llama Dios. Ahora bien, la más mínima disminución de esta “actualidad” nos da una “actualidad” inferior a Dios, a la “actualidad” pura y resulta ser también “potencialidad”.

De manera, pues, que existe una sola actualidad pura: Dios. Y, cuanto más descendemos de Dios y pasamos por los cuerpos celestes a “actualidades” cada vez más inferiores, tanto más lejos los fenómenos estarán de la “actualidad” pura y tanto más cerca (y dentro) estarán del orden de las potencialidades”. Es decir, cada “actualidad” fuera de Dios, es una “potencialidad” de una “actualidad” superior. La relación causal que existe entre los dos órdenes es la que ha prevalecido en la filosofía desde Platón a Plotino: la cual, se desprende de la doctrina de que todos los hechos del universo son derivados o disminuciones de la realidad superior, el primer principio, Dios, y están en constante ascensión hacia él.

Antes de entrar en la aplicación de estos oscuros conceptos a la interpretación del significado aristotélico de las actividades mentales, no debe descuidarse otro elemento más de la lógica que preside en su *Física*. Nos referimos al concepto

aristotélico de cambio o movimiento sobre el cual descansa el principio de desarrollo o de “evolución” que muchos han caracterizado como precursos de la teoría evolucionista moderna. Cabe decir aquí, a boca de jarro, que lo Aristóteles concebía por “desarrollo” o “evolución” era lo exactamente opuesto a lo que estos conceptos significan para los modernos. Para Aristóteles, en efecto, “movimiento” quiere decir impulsión hacia el primer principio, hacia lo inmutable, eterno y fijo; significa atracción de las “potencialidades” ejercida por la “actualidad” pura.

En otras palabras, “movimiento” o “cambio”, en el sentido aristotélico, es una manifestación del hecho de que todos los fenómenos, todas las “formas” o “ideas” están arrolladas en Dios y simultáneamente están en constante proceso de desenrollarse de él. Esta “actualidad” pura, Dios, constituye el punto superior de la jerarquía de los valores adjudicados a los hechos y se manifiesta en las “actualidades” inferiores como etapas de su propia realización. A estas manifestaciones suyas, Aristóteles llama corrupciones, así como llama perfecciones a las manifestaciones de “actualidades” inferiores en “actualidades” de un orden superior. Estas corrupciones y perfecciones constituyen los elementos de lo que Aristóteles llama “movimiento”, y éste movimiento es la base del concepto aristotélico de evolución.

Bien pues; desde que ese movimiento y esa evolución tienen su punto de partida en el primer principio, en Dios, el desarrollo de la potencial a lo actual, no parte de la “potencialidad” sino, de la “actualidad”. En la semilla, por ejemplo, ya existe, según Aristóteles, la planta, por otra parte la larva, la ninfa y todas las etapas intermediarias del huevo al insecto, son degradaciones del insecto. Es decir, para Aristóteles la escala de los fenómenos naturales no es, como para un Darwin, una escala ascendente. Sus palabras, *natural nihil facit per saltum*, podrían significar en el *Origen de las especies*, de Darwin, que “las especies son los descendientes modificados de otras especies eternamente modificables”; pero en la *Física* de Aristóteles significa que, por el concepto de la inmutabilidad de todas las especies “podemos trazar la concatenación causal de todas las especies, por medio de la percepción intelectual del espíritu artístico que las ha creado y podemos abarcar en ella hasta

aquellas especies que no presentan suficiente gracia para deleitar la vista”.

En una palabra “potencialidad” es actualidad disminuída o corrompida; cambio, es la realización de las actualidades inferiores y superiores; y “evolución” es la rigidez y la eternidad de la jerarquía de la existencia.

*

* *

Tales son, a nuestro criterio, algunas de las premisas más importantes que soportan el concepto aristotélico acerca de las actividades mentales. Frente a estas premisas no se puede, ante todo, ver ningún rastro de subjetivismo en la psicología de Aristóteles. En efecto, dentro de toda la jerarquía aristotélica de los fenómenos de la naturaleza, un *estado interior*, un *estado de alma*, en el sentido psicológico moderno, es decir, un estado que puede conocerse a sí mismo, sólo puede ser atribuído a la actualidad superior que contiene todas las demás actualidades, al pensamiento del pensamiento o ideas de las ideas, o sea, al Dios aristotélico.

Fuera de Dios, no hay cosas en el mundo que según el sistema de Aristóteles pueda contenerse (para poder conocerse) a sí misma. Todo otro hecho en el mundo es una “idea” o “forma” o “actualidad” en el sentido de un corte seccional de la realidad. Es verdad, todo otro hecho fuera de la actualidad pura, es físico en nuestra acepción moderna de la palabra.

Veamos ahora la explicación de hechos psicológicos como los de sensación y sentimiento en términos de actualidad y potencialidad. En otros términos, la sensación y el sentimiento son parte de un sistema cosmológico y tienen que ajustarse, en primer lugar, a las categorías que rigen a dicho sistema. Cuando Aristóteles, por ejemplo, considera los hechos psicológicos como correspondientes a “actualidad superiores”, lo hace porque les ha adjudicado en su sistema un lugar entre la perfecta circularidad de la noción de los cuerpos celestes y las cualidades de hechos físicos como las de suavidad y dureza.

En segundo lugar, la sensación y el sentimiento, al ser definidos en términos de las categorías de potencialidad y actualidad, no pueden circunscribirse a otras relaciones que a las

que rigen en todos los fenómenos del sistema. Ni pueden expresarse tampoco, en términos de una relación entre hechos particulares del sistema; no pueden, por lo tanto, expresarse en términos de las relaciones, entre un sujeto y un objeto. Sentimiento y sensación y cualquier otro hecho psicológico, sólo pueden ser definidos aquí, como cualquier otra “potencialidad”, como cualquier otro hecho del universo en proceso de “actualización”.

La mente, por ejemplo, es una “actualización” de hechos psicológicos y está formada por una serie de potencialidades, no porque produce por sí misma ciertos fenómenos; sino, porque la mente *es* una serie de actualización de los fenómenos de la naturaleza. Al ser conocidos, por ejemplo, estos fenómenos realizan una de sus potencialidades; la potencialidad de ser conocidos. Al ser vistos, realizan su potencialidad de ser vistos. Al ser contados realizan la potencialidad de ser contados.

Que Aristóteles atribuye a las actividades mentales un sentido racional, no se discute. Pero no puede admitirse que lo racional en esas actividades se deba a una línea de demarcación entre los hechos racionales, y no racionales. No; lo racional de las actividades mentales, no provienen, para Aristóteles, de ellas mismas; sino del significado de racionalidad atribuido por él al universo. En el hombre, las actividades que en tiempos modernos son consideradas racionales, no son, en el sistema aristotélico, más que potencialidades puestas en movimiento por las actualidades que constituyen la racionalidad de la naturaleza.

Estas “actualidades”, como todas las demás que son superiores a ellas están involucradas en la realidad pura. Es decir, en las actividades mentales no son las únicas actividades racionales. La circularidad de la noción de los cuerpos celestes, cuyas actualidades son superiores a las que corresponden a las actualidades mentales, son también racionales. puesto que como éstas están involucradas en el primer principio, en el “pensamiento” del “pensamiento”, o como sería permitible llamar al Dios de Aristóteles, la cosa de las cosas.

*

* *

Con lo expuesto hasta aquí, creemos poder abrogarnos el derecho de decir que para Aristóteles las actividades mentales son cambios específicos, dados, de las cosas o fenómenos de la naturaleza. Para demostrar esto, nos bastaría aplicar nuestra tesis a alguna de las proposiciones fundamentales de su psicología. La proposición de que “nada hay en la razón que no haya estado antes en la sensación” ofrece un ejemplo que puede generalizarse a los fundamentos de la psicología aristotélica.

En este ejemplo, “sensación” significa una etapa en las actualizaciones de las cosas; una etapa en la cual éstas están en la condición en que nos son conocidas a nosotros. Por otra parte, “razón” significa una etapa de ese proceso de actualización; etapa en la cual las cosas están en la naturaleza, *per se*. El pasaje de la “sensación” a la “razón” significa, por consiguiente, el paso por una serie indefinida de actualizaciones dado lo que es objeto de una actividad mental; y cada una de estas actualizaciones es condición indispensable de las restantes. Es decir, al convertirse en objeto de la actividad mental, cualquier hecho o fenómeno se enriquece con la potencialidad, primero, de la sensación; y luego, después de pasar por otras actualizaciones y adquirir nuevas potencialidades como las de la imaginación, la memoria, la concepción, el objeto de la actividad mental, alcanza a poseer la potencialidad de “razón”. Y, mediante este proceso, el objeto llega a enriquecerse con la potencialidad superior que puede alcanzar por medio del hombre.

¿En qué sentido de nuestro lenguaje, pues, es el raciocinio, según Aristóteles, el desarrollo de una sensación? Es, sencillamente, en el sentido de que los fenómenos de la naturaleza se identifican, en la sucesión de los cambios que corresponden a sus “formas” o “ideas”, con las manifestaciones especiales que revelan en estos cambios. De manera que cuando son objetos de la sensación, pasan por una de las etapas por las cuales su forma o idea se actualiza; así también, cuando son objetos de la memoria pasan por otra etapa de actualización de su “forma” o “idea” y, por último, llegan a exhibir en actualización final por intermedio del hombre, en la razón.

En suma, si se tiene en cuenta todas estas consideraciones

en las cuales tienen sus raíces el significado aristotélico de lo psíquico, se desmoronan, a nuestro criterio, las bases que soportan todas las identificaciones que se han establecido entre la psicología de Aristóteles y sistemas psicológicos modernos, especialmente subjetivistas como lo es en alto grado la psicología de las facultades mentales. En el contexto aristotélico de la organización racional del universo, el conocimiento de las actividades mentales depende de la consideración cuidadosa de todas las bases y todas las consecuencias de las relaciones que existen para los hechos del universo, entre los cuales lo psíquico ocupa un lugar determinado.

Para Aristóteles, en otras palabras, lo psíquico es una parte, una fracción, de la racionalidad de la naturaleza, mientras que para cualquier psicología ulterior a la suya y esencialmente subjetivista, es un fenómeno que se diferencia fundamentalmente de cualquier otra existencia en el universo.

En el universo que descifra Aristóteles, cualquier cosa es tan mental como física, pues tanto lo mental como lo físico participan de la racionalidad de la naturaleza.

En una palabra, la mente humana, no es más que una fracción, un corte seccional hecho en la parte superior de la escala de las "actualidades", las cuales forman en su conjunto total la única mentalidad existente, según Aristóteles la mentalidad de la naturaleza.

(Concluirá).

A. A. JASCALEVICH.